

www.elboomeran.com/

JO ALEXANDER

PALAS Y HÉCTOR

BARCELONA 2018



A CANTILADO

www.elboomeran.com/

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S. A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2018 by Joana Sánchez Llorca
© de esta edición, 2018 by Quaderns Crema, S. A.

Derechos exclusivos de edición:
Quaderns Crema, S. A.

En la cubierta, *Amantes* (1918), de Otto Müller

ISBN: 978-84-17346-05-8
DEPÓSITO LEGAL: B. 26 107-2018

AIGUADEVIDRE *Gráfica*
QUADERNS CREMA *Composición*
ROMANYÀ-VALLS *Impresión y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *noviembre de 2018*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

I. Líbrate de mí	9
II. Deja que sangre	19
III. Apetito de destrucción	61
IV. En el útero	103

Para Alex, mi hermano.

There is a light that never goes out.

LÍBRATE DE MÍ

Madre e hija salen del portal tras la sobremesa. La calle estrecha está desierta, sólo algunos turistas doblan la esquina en busca de museos, o de la catedral. Es el núcleo del barrio viejo, un enclave muy bello. Palas sigue admirándolo una vez por semana, cuando va a comer al piso de su madre. Aun habiéndose criado aquí, el lugar la sigue estimulando como si todo fuera nuevo, como si estuviera de visita en una ciudad extranjera. La piedra de las fachadas luce limpia y anaranjada bajo la primera luz de la tarde. Balcones estrechos con macetas de flores saludan a la primavera. Todo está imbuido de esa pausa mediterránea tras el almuerzo, en que el aire parece el aliento de un ser durmiente y la vida camina de puntillas. Pronto el alboroto y el gentío volverán. Pero de momento puede oírse con nitidez el piar de los pájaros en árboles cercanos, mientras Adelaida cierra el portón con llave y el golpe se propaga por la calle como un gong antiguo.

Salen juntas. Las tiendas permanecen cerradas. Sólo el anticuario Fibonacci tiene la persiana medio echada, señal de que en la trastienda ya ha empezado la partida de cartas.

—Ven conmigo—dice Palas a su madre.

—No, es demasiado temprano. ¿Qué voy a hacer allí hasta que empieces? Me moriré de aburrimiento.

—Tómame otro café, lee. Tendrás toda la librería para ti. Podrás escoger los libros que quieras.

—Leer con el estómago lleno me da sueño.

—Estará Bertrán.

Adelaida ríe. Sacude su chal en el aire y se lo echa sobre los hombros con energía.

—Prefiero a Madame Bovary que a tu marido.

Entonces es cuando Palas, de no considerar la insistencia una falta mayor, hubiera insistido, pero no lo hace.

—De acuerdo. Te veré allí después. Pero no te entretengas. ¿Recuerdas la dirección? Es la librería inglesa, no la francesa; nada de trampas.

Se dan dos besos y se separan. Palas se aleja en busca de su motocicleta. Adelaida comprueba que su hija no se vuelve a mirar y entra en la tienda de los Fibonacci.

Al sentarse en la Vespa, Palas da un brinco y levanta la pelvis. El asiento de cuero, expuesto al sol, se ha recalentado. Con la mano, comprueba la temperatura: está a punto de quemarse, apenas resulta soportable. Vuelve a intentarlo; despacio, se sienta y se acomoda. A través de la falda y de las bragas, siente el intenso calor. Pone el motor en marcha. La Vespa vibra con fuerza debajo de ella. Palas espera unos segundos antes de soltar el freno. En la plazoleta no hay nadie. Espera. Deja que el asiento repiquetee con insistencia entre sus nalgas. Podría ser el principio de algo liberador, algo que echa de menos desde hace un tiempo. La nostalgia regresa, trata de instalarse en lo más hondo de su ser, pero Palas se resiste; se cala el casco y acelera.

Bertrán se ha tomado la tarde libre, otro psiquiatra atenderá a los chicos hoy. Apoyado en la barandilla del café situado en el segundo piso de la librería, la ve llegar. La observa unos instantes sin que ella se dé cuenta; trata de recrear cómo la vería si no se conocieran. Mirarla con perspectiva, como suele decirle, para sentir más profundamente que es afortunado, que esa mujer que pasa, que se distrae, que tra-

baja, que fuma, es suya. La observa. Ella entra echándose la melena rubia hacia atrás, apartándola de sus ojos celestes, de su cara redonda, lunar. Sólo él sabe que el suspiro que lanza al cruzar la puerta no es por haber llegado al fin, sino por el olor de tantos libros juntos, que a sus cuarenta años todavía la embriaga como si fuera opio. Se quita la chaqueta y se acerca a la sección de novedades. El volumen, un grueso tomo de nobles tapas marrones, está expuesto en vertical, destacando entre los demás. Parece un objeto artístico. Bertrán sonríe; ya no puede verla de frente, pero imagina que ella debe de estar sonriendo también. Ha estado ocupada en ese libro los últimos tres años, traduciendo palabras que hombres a los que jamás ha conocido escribieron siglos atrás, desgranando con cuidado profundos sentimientos masculinos de otras épocas. Los mejores poemas ingleses desde Chaucer, nada menos. Bertrán, incapaz a estas alturas de leer algo que no tenga que ver con los trastornos del comportamiento, para apoyarla, la ha financiado. Su socia Nora ha cargado con el peso de la editorial mientras Palas se concentraba en el proyecto. Pero por fin lo ha conseguido. Esta rubia siempre se sale con la suya. Bertrán silba, ella mira hacia arriba y alza el libro con ambas manos, como si fuera un trofeo.

Se conocieron en un parque. Bertrán había salido a toda prisa de la clínica, muy alterado, para poder respirar. Ni siquiera pensó en coger el abrigo. Era pleno febrero y en cada esquina le hostigaban frías corrientes de aire. Recorrió cuatro manzanas al azar, agarrándose el cuello de la camisa, hasta encontrarse en medio de aquel parque desconocido. Ni el verdor de la hierba ni los niños jugando le ofrecieron el consuelo que necesitaba. Acababa de ver el lado más te-

rrible de la vida, y seguía viéndolo allí, agazapado tras los columpios, tras los matorrales, en la superficie del lago. Se había sentado, o no, no está seguro, cuando dos cockers spaniel llegaron corriendo hacia él, uno gordote y de pelaje negro brillante y el otro castaño. Husmearon entre sus zapatos. Restregaron el hocico en el dobladillo de sus pantalones. Temió que se le mearan encima, pero luego pensó que no tendría importancia. Entonces la vio. Se acercaba por la vereda pausadamente, enfundada en un abrigo negro, con gorro y guantes a juego. Se acercaba mirándolo. Él pensó que lo miraba porque iba en mangas de camisa y se sintió desaliñado, aún más vulnerable. Ella seguía acercándose, con paso seguro, y hasta que la vio sacar las correas del bolsillo no acertó a relacionarla con los perros.

Le preguntó si le habían molestado. Bertrán contestó que no. Eso fue lo primero que se dijeron el uno al otro:

—¿Te han molestado?

—No.

—A veces mordisquean la ropa de la gente...—mientras hablaba les ataba la correa—, pero nunca hacen daño.

Bertrán hizo el esfuerzo de preguntarle cómo se llamaban.

—Éste—dijo ella señalando al negro impetuoso—se llama *Byron*, y ése es *Shelley*.

A él le llevó unos segundos reconocer los dos nombres.

—Ah, los poetas...—murmuró al fin, y su voz sonó lejana y triste.

Acababa de perder a un paciente. De repente tuvo ganas de contárselo. Se contuvo y pensó que lo mejor sería volver a la clínica y afrontar la situación. Había dejado a su secretaria llorando. La noticia habría sacado a sus colegas al pasillo y estarían buscándole. Sin embargo, aquella chica lo observaba ahora con curiosidad. Le miraba los ojos,

la frente, la nariz y la boca, como si buscara el lugar por el que se había filtrado su desgracia. Luego sonrió con la sonrisa que ambos, más adelante, bautizarían como la de las grandes ideas, y se desabrochó un botón del abrigo. Por el hueco asomó una cabecita de cachorro. Saludó al exterior con todos los gestos nerviosos de los que fue capaz. Era un schnauzer precioso; fue como un pequeño truco de magia que a Bertrán le pareció muy enternecedor.

—A éste tengo que llevarlo encima para que los otros dos no lo ataquen. Le tienen envidia.

La mano de Bertrán ya acariciaba el diminuto cráneo, las orejitas tiasas, y el perro buscaba sus dedos para lamerlos. Acariciarlo resultaba terapéutico, pero se dio cuenta, al notar varias veces el tacto del jersey de ella, de que le estaba rozando los pechos.

Retiró la mano con incomodidad, intentó ser gracioso:

—Supongo que éste es *Keats*.

Sin embargo, ella se mostró un poco contrariada y respondió:

—Yo nunca llamaría *Keats* a un perro.

Ésta era Palas.

Cuando empieza la presentación, Adelaida todavía no ha llegado. Palas intenta localizarla por teléfono, pero no contesta. Mientras Nora toma la palabra y se ocupa de dar la bienvenida a los asistentes, Palas mira inquieta hacia la puerta de la sala, donde Bertrán se ha apostado para esperar a su suegra. Como si estar ahí pudiera hacerla llegar más rápido, o él tuviera algún interés en verla aparecer. Pero es una forma de asumir la preocupación y liberar a Palas, quien ya empieza a entrar en calor hablando de esa otra patria suya y sus poetas. La sala está llena de periodistas que

conoce, amigos, colegas de profesión. Los fotógrafos lanzan disparos fortuitos desde la primera fila. En el piso de arriba, las bandejas de canapés están listas, el champán reposa frío en las cubiteras. Bertrán se apuesta consigo mismo a que Adelaida llegará justo cuando empiece el aperitivo. Ella aborrece este tipo de presentaciones tanto como él. Además, Bertrán tiene la suficiente psicología como para apreciar que, en realidad, el centro de aquel acto es William Walton, el ex marido de Adelaida. Bertrán lo sabe desde el principio. Sabe que ciertos adultos no cejan en su empeño de agradar a sus padres, o de agradar a uno de los dos y disgustar al otro, incluso después de que mueran. Ahora más que nunca, desde la puerta, ve a Palas desplegar todas sus habilidades bajo la alargada sombra de William, quien parece presente, escuchando reclinado sobre ella con el deleite de un maestro satisfecho. El famoso escultor inglés. A Bertrán le habría gustado conocerlo, pero Walton murió antes de que pudiera hacerlo. Palas le habló de él la misma tarde en que se conocieron, después de acompañarlo al hospital a recoger el abrigo e invitarlo luego a su apartamento para dejar a los perros. Le dijo:

—Siéntate. Voy a hacer té.

Vivía cerca de la clínica. Era un piso elegante pero pequeño. En una de las habitaciones había una gran cama de hierro forjado, y en la otra toda la ropa, expuesta como en una tienda. El resto, salón, cocina y baño, estaba repleto de libros. Libros por todas partes, también en los lugares más insospechados. Por supuesto Bertrán repararía en ello por la mañana. De momento se había acomodado en el sofá y miraba las fotografías dispuestas sobre la mesita rinconera, al amparo de una lámpara antigua. Aparecía Palas de niña con sus padres. También el padre y la madre por separado. Adelaida era el tipo de mujer que conserva eternamente el

aspecto juvenil, menuda, de facciones redondeadas y ojos vivaces. William era robusto, en cada línea del rostro llevaba grabada la inteligencia y en su sonrisa podía advertirse un atisbo de locura.

En otra foto, un poco arrinconada, aparecía Palas junto a un niño. Ella tendría catorce o quince años y él no más de cinco. A pesar de la diferencia de edad, se miraban el uno al otro como si estuvieran tramando algo muy divertido; se diría que estaban a punto de echarse a reír, o de echar a correr para llevar a cabo su travesura. Bertrán colocó la foto en la primera línea de la mesilla, porque le pareció especialmente bonita. Luego empezó a trasladar mentalmente todo lo que veía a su amplio piso de soltero, ahora tan vacío.

—Cuando en la calle te he dicho mi nombre—dijo ella—, no has preguntado. La gente siempre pregunta, tengo que repetirles cómo me llamo una y otra vez. Al principio lo odiaba, habría querido tener otro nombre. Pero mi padre era un amante de la cultura griega, y todo a su alrededor debía guardar algún vínculo con ella.

Un ególatra, pensó Bertrán.

—¿Era escritor?

—Escultor.

Ella se levantó y sacó de la estantería un pesado libro de arte. Era un monográfico sobre William Walton y su proceso de trabajo. Había hermosas láminas a todo color donde aparecían los materiales, las esculturas a medio tornear y, más adelante, ya terminadas, preparadas para recibir una estridente capa policroma. William solía recrear el cuerpo humano, pero siempre lo dotaba de algún componente mágico: alas, cuernos, rabo o algún atributo asociado con la mitología. Luego, como si el grado de refinamiento conseguido le molestara, pintaba sus estatuas de colores estridentes, sin aparente criterio, lo que daba como resultado una

curiosa mezcla, según Palas, entre lo clásico y lo punk. Bertrán la escuchaba sin añadir nada. Ella lo mantuvo sumergido en aquel mundo durante diez minutos. Al pasar las páginas, sus dedos se atropellaron varias veces.

—Siempre he envidiado en los demás la capacidad de crear arte—dijo Bertrán cuando ella cerró el libro.

—Tú trabajas con niños.

Él esperó a que terminara el razonamiento, pero ella no prosiguió. Cuando se dio cuenta de que él seguía esperando, añadió:

—La mente de los niños discurre por lugares prohibidos.

Y en lugar de preguntarse cómo lo sabía, cómo sus recuerdos sobre lo que un niño considera prohibido podían llevarla a hablar con tanta propiedad, él le tomó la mano, se la acercó a la boca y la besó. Fue un gesto de una gran ternura, muy dulce, pero en el fondo desesperado. Le besó la mano porque no lograba entender qué estaba haciendo él allí, y no podía dejar de preguntarse qué habría visto en él aquella chica.

Cuando está a punto de llamar a Adelaida, el teléfono móvil vibra en su bolsillo. Mira la pantalla. No le gusta lo que ve. De un teléfono espera certezas, nombres, lugares, no números desconocidos. Un mal presentimiento lo hace apartarse de la puerta para contestar.

Le preguntan: «¿Es usted el marido de...? Así pues, el yerno de la señora...». Habla una mujer. Bertrán nota enseguida que lo está preparando: él mismo utiliza un tono de voz similar en la consulta cuando debe abordar temas difíciles. Pregunta qué ha pasado. Ella le dice primero que lo siente. Luego responde a la pregunta con sobreentendi-

dos para que él no pueda reproducir la escena en su cabeza. Le indica también dónde tiene que dirigirse. Bertrán le da las gracias. Al colgar se da cuenta de que está solo en el área infantil.

Piensa en Palas, en cómo contárselo. Pero enseguida, con una impresión mucho más fuerte, se acuerda de Héctor. El recuerdo se le agarra al pecho como un mal resfriado y le sube por la garganta hasta obligarlo a tragar sin apenas saliva. Héctor, el niño que la mira en la fotografía, el hijo que William tuvo de una aventura posterior con otra mujer. Héctor, a quien Adelaida crio como si fuera suyo, vista la incapacidad de sus padres para comprometerse con algo que no fuera el arte. Llevan tres años sin verle. Vive en el otro extremo del mundo. Bertrán estaba empezando a acostumbrarse a esta paz relativa, aun sabiendo que tarde o temprano volverían a encontrarse con él: una herencia, un nacimiento, una boda, ese tipo de acontecimientos que unen para luego dejar que cada uno retome su camino. Pero no había contado con algo tan definitivo. Se presiona los ojos con los dedos y trata de asimilarlo. Tendrá que llamarle, alguien tendrá que hacerlo. Alguien tendrá que traer a Héctor de vuelta para que pueda enterrar a su madre.

Acababa de perder a un paciente. Por la mañana, en la gran cama de hierro forjado, él le acarició los hombros desnudos y le dijo:

—Si no lo hubiera perdido, ahora no estaríamos aquí tú y yo.

No era la primera vez. La primera estaba preparado, porque el chico en cuestión lo había intentado antes y, además, sufría una fuerte drogodependencia. Pero ahora había sucedido contra todo pronóstico. Se trataba de un pa-

ciente con muchos recursos, con posibilidades de mejorar. Era discreto y educado, amante de la música, y se esforzaba por entender sus sentimientos hasta el punto de diseccionarlos como si estuviera en una clase de biología. En las sesiones le hablaba a Bertrán de grandes bateristas de jazz, como Gene Krupa o Joe Morello, y también de Sara, la chica de la que estaba enamorado en el instituto. La agudeza con que se cuestionaba las cosas hacía que a Bertrán le costara mantener las distancias con él, y alguna vez había llegado incluso a imaginar el adulto que llegaría a ser. Pero dos días atrás había llamado para cancelar la siguiente sesión. Dejó una disculpa en el contestador, sin explicar el motivo. Su tono de voz sonaba amable y risueño, como de costumbre, así que Bertrán no se preocupó; por protocolo informó a la madre, pero ella tampoco pareció preocuparse. Lo encontraron en el suelo del baño por la mañana. Se había cortado el cuello con una navaja de afeitar. Ante el impacto de la noticia, Bertrán se protegió pensando en lo absurdo de la situación, pues su paciente todavía era imberbe. Luego vio la navaja en su mente con toda claridad, vio también a los padres del muchacho, y sobre todo vio a Sara, sentada en el pupitre, desmoronándose al saber que aquel chico reservado, que la amaba sin saber disimularlo, se había rendido.